

MARÍA MOLINER, FILÓLOGA POR VOCACIÓN Y POR SU OBRA*

1. LA PERSONALIDAD DE LA AUTORA DEL *DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL*

La celebración del centenario del nacimiento de María Moliner (en el año 2000) nos permitió difundir muchos aspectos de su vida y de su obra (Martín Zorraquino 2000a; 2000b; 2000c —entre varios textos—, y 2003). Como coordinadora —o comisaria— de los actos de la efeméride, tuve la satisfacción de percibir la admiración y el afecto que su figura despierta. Al mismo tiempo, experimenté una impresión que ya había conocido casi veinte años antes, cuando me enfrenté por primera vez a hablar de su vida: describir y valorar a alguien a quien no se ha tratado directamente y que, al mismo tiempo, ha sido contemporánea nuestra y, además, conocida por muchas personas que todavía pueden ofrecernos su testimonio, crea un cierto desasosiego. ¿Hasta qué punto somos fieles a la verdad? ¿En qué medida fundamentamos y matizamos acertadamente nuestros juicios de valor? ¿Cómo ponderar las impresiones o vivencias, no siempre coincidentes, que nos cuentan los testigos que sí conocieron los tiempos y ambientes en los que vivió nuestro personaje o a las gentes a las que este trató? ¿Fácilmente se nos deslizan pequeños errores en fechas o lugares, que luego lamentamos mucho!¹.

A las personas a quienes me dirigí en 1984 —los profesores y alumnos del Instituto de Bachillerato del barrio Oliver de Zaragoza, que había acordado darle el nombre de D.^a María Moliner a su centro—, les dije entonces que ella encarnaba la fe en la cultura y, especialmente, la pasión por la palabra. Y creo verdaderamente que es así. También estoy convencida de que pasó por este mundo con extraordinarias laboriosidad y discreción, que fue un ser enormemente positivo para quienes la rodearon y para muchas más personas: los millones de usuarios de su impresionante *Diccionario de Uso del Español* y los miles de niños, jóvenes, adultos y ancianos que se beneficiaron de su labor bibliotecaria —toda una vida—, especialmente durante los años de la Segunda República (que pasó en Valencia, incluidos los años

* La versión original de este trabajo se publicó en José-Carlos Mainer y José M.^a Enguita (eds.), *Cien años de filología en Aragón. VI Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006, pp. 223-239. Figura en la bibliografía de la autora recogida en este volumen con el número [95].

¹ Aprovecho estas líneas para corregir algunos errores cometidos en mi trabajo de 1989 que he subsanado después, aunque sin hacer referencia a ellos: en él indico (y también en el de 1984) que doña María pasó del archivo de Simancas al de Valencia y, después, al de Murcia, lo que es inexacto, ya que doña María pasó primero a Murcia y, posteriormente, a Valencia (el traslado a Murcia se produjo antes de conocer a quien sería su marido, don Fernando Ramón y Ferrando, y estuvo determinado por la delicada salud de su madre: cfr. Castro 1972). Por otra parte, en el trabajo de 1989, ubico el II Congreso de Bibliotecas y Bibliografía en París, cuando tuvo lugar en Madrid (este lapsus inexplicable se debió quizá a una confusión originada por el hecho de que Ortega pronunció su famosa ponencia sobre la misión del bibliotecario —lección inaugural del Congreso— en francés, por cortesía hacia los asistentes). De otro lado, en ambos trabajos indico que doña María, a diferencia de su esposo, no fue sancionada tras la guerra civil, lo que tampoco es exacto, pues fue postergada 18 puestos en el escalafón, como indica rigurosamente Pilar Faus Sevilla (1990: 133-134). En la biografía y cronografía de María Moliner que elaboramos desde el Gobierno de Aragón para el Centenario, todos esos errores quedan, por supuesto, corregidos.

de la guerra civil). Ha de destacarse, por otra parte, su excepcional inteligencia —sin ella no hubiera podido escribir la pieza lexicográfica citada—, y la acribia, escrupulosidad, sentido lógico y sensibilidad lingüística que su diccionario desvela. Dichas cualidades se perciben en la María Moliner que participa en la política bibliotecaria de la Segunda República y aún hay que añadirles una sobresaliente capacidad organizativa y un profundo y real conocimiento de las necesidades de dicha política en ese momento histórico.

Si he podido constatar opiniones diversas sobre el entorno de María Moliner o sobre ciertas circunstancias de su vida, he de subrayar también que no he recogido, en las conversaciones con personas que la conocieron, un solo testimonio negativo sobre ella: ni una sombra de reproche. Y una coincidencia llamativa: María Moliner es para todas ellas una persona muy inteligente, delicada y respetuosa en su trato, directa al mismo tiempo, y con una franqueza discreta. Franqueza, naturalidad, discreción y delicadeza que la hacían especialmente admirable para algunas jóvenes universitarias que la trataron a fines de los años veinte o principios de los años treinta (como Carmen Caamaño —Martín Zorraquino 2000a: 18— o María Braña)². Profesores universitarios tan exigentes —tan valiosos humanistas— como D. José María Lacarra (que la conoció y se relacionó con el matrimonio Ramón-Moliner y sus amigos, en Valencia en los años treinta) o como D. Rafael Lapesa (que la presentó a la Academia en 1972) me hicieron, en los años setenta, elogios sin ninguna reserva de ella (Martín Zorraquino 1984: 49 y 1989: 423). Especialmente conmovedor para mí fue el testimonio de D. Vicente Blanco García (catedrático de Latín en la Universidad de Zaragoza, sacerdote y profesor mío): D. Vicente era un admirador sin fisuras de María Moliner, a la que había conocido también en Valencia, en los años de la guerra civil; me contó que él había oficiado entonces en el matrimonio, amadrinado por doña María, de D. Antonio Rodríguez Moñino y D.^a María Brey, amigos íntimos de los Ramón-Moliner (Martín Zorraquino 1984: 49, y 1989: 423, n. 1)³. En el marco del Centenario han sido muchos más los testimonios recibidos, y todos, con la unanimidad señalada (*Trébede* 2000: 14-77; Gómez Uriol 2001).

Afortunadamente, hoy disponemos ya de una notable bibliografía sobre la vida y la obra de María Moliner. Los ejes fundamentales de su biografía están muy bien trazados: tras mis modestas contribuciones de los años ochenta (Martín Zorraquino 1984 y 1989) —subrayé entonces que la Sra. Moliner era, en buena medida, una desconocida para la

² El atractivo físico de María Moliner es algo que también ha sido subrayado: cfr. Faus Sevilla (1990: 124-125, y n. 6). Las fotografías son un testimonio suficientemente elocuente; con ocasión del Centenario, y, sobre todo, a través del número 36 de la revista *Trébede*, dedicado, en marzo de 2000, a la efeméride, se publicó un importante e interesante conjunto de ellas: las de los años jóvenes especialmente —cuando todavía no usaba gafas— muestran a una María Moliner de profunda, limpia e inteligente mirada, de expresión dulce y armónica, y, en conjunto, guapa.

³ A don Vicente Blanco García alude doña María en la carta que le dirige a su hijo Fernando Ramón Moliner tras su fallido ingreso en la Real Academia Española, en 1972, cuando menciona, entre las personas que le han escrito felicitándola con motivo de su posible entrada en la Academia, al cura «que, en secreto, en un rincón del depósito de libros de la Junta para Adquisición de Libros de Valencia de la que yo estaba encargada, y conmigo como único testigo, casó a los Moñino» (Moliner 1972).

mayor parte de los filólogos⁴—, apareció la obra, esencial, de Pilar Faus Sevilla (Faus Sevilla 1990), cuyo capítulo sexto contiene un bosquejo, extraordinariamente pertinente, de la vida de María Moliner.

Sobre la actividad profesional de María Moliner, como archivera, como miembro activo de la política bibliotecaria de la Segunda República, y, sobre todo, como responsable importante de la misma ya en plena guerra civil, se han escrito diversos trabajos. Luis García Ejarque la destacó con precisión en 1981 (García Ejarque 1981). M.^a Ascensión Lluch y Carolina Sevilla se han ocupado especialmente del período de 1936-1939, en Valencia (Faus Sevilla 1990: 100, n. 13; 103, n. 16; 133, n. 16; 139 y n. 25) (Lluch y Sevilla 1982). Pilar Faus Sevilla ha elaborado el trabajo de síntesis más completo (Faus Sevilla 1990 —reeditado en el año 2000—; cfr., igualmente, Faus Sevilla 2000), pues ha enmarcado la labor de María Moliner en el contexto de la historia contemporánea de la lectura pública en España, al tiempo que ha sacado a la luz textos fundamentales de la Sra. Moliner que la hubieran dejado en el olvido, pues carecen de autor explícito: me refiero a las *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas* y al *Proyecto de bases de un Plan de organización de Bibliotecas del Estado* (el llamado, por Pilar Faus Sevilla, el Plan de Bibliotecas de María Moliner), que esta autora recoge como apéndices documentales 1 y 2 de su libro (Faus Sevilla 1990), textos que fueron escritos, según testimonio de su familia y de Pilar Faus Sevilla, por María Moliner. También Ramón Salaberria (Salaberria 1998a y 1998b) y Vicenta Cortés Alonso (Cortés Alonso 2000 y 2003) han dejado constancia de la importancia del trabajo de doña María como Facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos; Vicenta Cortés fue, además, como Pilar Faus, alumna de la Sra. Moliner, en las materias de Gramática y de Literatura, en la Escuela Cossío de Valencia (1930-1939)⁵, y ofrece un admirado y reconocido testimonio de esa experiencia (Cortés Alonso 2000 y 2003; cfr. también, al respecto, *La Escuela Cossío de Valencia (1930-1939)* 1984). Por su parte, Hipólito Escolar (Escolar 1999: 220-223), cofundador de la Editorial Gredos (y coeditor del diccionario de doña María), aporta datos interesantes sobre su personalidad y sobre su labor como responsable de la política bibliotecaria durante la Segunda República. Ya en el marco de las actividades patrocinadas por el Gobierno de Aragón con motivo del centenario del nacimiento de María Moliner, Luisa Orera Orera (2003)

⁴ Hay que matizar que la prensa se ocupó ampliamente de María Moliner cuando fue propuesta para ocupar un sillón en la Real Academia Española en 1972. De entonces datan varios artículos periodísticos (entrevistas, comentarios, etc.) que se aproximaban a su biografía o la reflejaban —esto es más importante— a través de sus propias palabras (Castro 1972). La prensa volvió a ocuparse de ella a su muerte, en 1981; entonces aparecieron algunos artículos verdaderamente notables, como el de García Márquez (1981), el de Victoria Kent (1981) o el de Manuel Seco (1981). España vivía ya la etapa de la Transición y la figura de María Moliner formaba parte del conjunto de las personalidades (de las trayectorias humanas) postergadas por el franquismo que requerían un merecido reconocimiento público.

⁵ La participación de María Moliner como profesora de Gramática y de Literatura está atestiguada en el programa de la Escuela Cossío —cfr. *La Escuela Cossío (1930-1939)*—. La niega Fernando Ramón Moliner en Salaberria (1998b: 12). Posiblemente su contribución era esporádica y en régimen de repaso o perfeccionamiento, pero lo cierto es que la Sra. Moliner figura en la programación, y que tanto Vicenta Cortés Alonso como Pilar Faus Sevilla la recuerdan como alumnas.

presenta una documentada y cuidada síntesis de la aportación de la Sra. Moliner dentro de dicha política⁶.

La obra lexicográfica de María Moliner ha sido, sin embargo, la que le ha proporcionado a su autora un mayor y más extenso reconocimiento. Hasta el punto de que, como ha destacado Manuel Seco (1981), el Moliner se ha utilizado más para nombrar una obra —el *Diccionario de uso del español* (DUE)— que para designar a una persona —María Moliner—. Aunque, según he subrayado (Martín Zorraquino 1984 y 1989), fueron los hispanistas extranjeros quienes reseñaron, en primer lugar y con mayor entusiasmo, el diccionario, ciertamente (y aun a pesar de algunas críticas —no siempre, a mi juicio, suficientemente ponderadas: me refiero, v. gr., a Pena Seijas 1975—), la valoración positiva del trabajo de doña María es hoy tan general en el mundo hispánico, por su magnitud y su originalidad, como lo es la admiración por su esfuerzo y por lo valioso de sus resultados: cfr., por ejemplo, Seco (1987 y 2003b) y Aliaga Jiménez (2000). En los últimos diez años, sobre todo, se ha destacado el interés de muchas de sus entradas (en particular, las relativas a ciertas expresiones adverbiales, prepositivas y conjuntivas) para el análisis textual del español (Casado Velarde 1994 y 1998), así como para la descripción de diversos tipos de categorías gramaticales (por ejemplo, las oraciones y los verbos atributivos: Penadés Martínez 1994). Quiero subrayar muy especialmente el espléndido libro coordinado por Miguel Casas Gómez e Inmaculada Penadés Martínez (Casas Gómez y Penadés Martínez 1998), realizado para conmemorar el trigésimo aniversario de la publicación del DUE, que contiene un conjunto de trabajos muy valiosos sobre dicha obra y que, además, incluye una exhaustiva bibliografía sobre María Moliner (biografía, actividad profesional como archivera y bibliotecaria, obra lexicográfica, reseñas del DUE, trabajos monográficos sobre este, otras referencias en las que se utiliza el DUE como fuente de información o de comentario, etc.: *op. cit.*, 289-336): un volumen, en suma, que, dando testimonio de la profunda estima que los autores profesan a María Moliner y a su obra, resulta de consulta inexcusable para tratar de una y otra⁷. La segunda edición del DUE, aparecida en 1998, así como la versión en cederrón de la primera, o una versión abreviada de la segunda, han dado lugar a nuevos trabajos —reseñas, artículos críticos, etc.—: sin ánimo de exhaustividad, remito al lector a Penadés Martínez (2000) y a Porto Dapena (2000). Más recientemente aún, Álvaro Porto Dapena ofrece una nueva revisión de síntesis del trabajo lexicográfico de María Moliner (Porto Dapena 2003).

Es obvio, pues, después de todo lo dicho, y aun a pesar de ser ella, por titulación académica, historiadora, y por profesión, archivera y bibliotecaria, que hay motivos suficientes

⁶ Para otras referencias bibliográficas sobre la labor bibliotecaria de María Moliner, véase Casas Gómez y Penadés Martínez (1998: 291-292), obra de la que se habla más adelante.

⁷ De hecho, cuando preparé para el Instituto Cervantes la biografía y la bibliografía de María Moliner que incluimos en la página web dedicada a la autora (Martín Zorraquino 2000b), el texto de Casas y Penadés, destacado como de consulta esencial, me sirvió de extraordinaria ayuda. Quede constancia aquí, por otra parte, de que no fue fácil publicar dicho libro, pues su edición, al venir a coincidir con la segunda del DUE, despertaba ciertos recelos en algunos editores. Por ello, debe agradecerse doblemente a sus coordinadores el haberse empeñado en sacarlo a la luz con la ayuda del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.

para considerar a doña María Moliner como *filóloga aragonesa*, con todos los honores, con méritos más que suficientes para acompañar en estas páginas a las restantes personalidades que se glosan en él. Dicho todo lo cual, y siendo evidentes los datos constatados —el *efecto*—, estos no dejan de ser sorprendentes. Por ello, surge, con interés, la pregunta sobre su *causa*: ¿por qué una mujer historiadora —archivera y bibliotecaria— escribió un diccionario, al que consagró más de quince años de su vida, con una dedicación casi absoluta? Más aún, ¿por qué escribió María Moliner precisamente el diccionario que escribió —un diccionario claramente diferente de los que le antecedían—? Se necesitan, sin duda alguna, una real vocación y una verdadera pasión para lograr ese objetivo. ¿Podremos desentrañar cuándo y por qué se despertaron ambas? ¿Podremos precisar mejor por qué decidió la Sra. Moliner hacer un diccionario como el que hizo?

2. EL DUE, RESULTADO DE UNA VISIÓN LEXICOGRÁFICA PERSONAL

La hija de María Moliner, Carmen Ramón Moliner, me explicó ya en 1983 que, según le había contado su propia madre, a esta le interesaba el funcionamiento de la lengua desde niña; desde luego, ella misma —Carmina Ramón— había podido advertir que doña María era capaz de pensar y repensar sobre las propiedades de una determinada construcción lingüística: por ejemplo, por qué una cierta forma verbal se dice en español de un modo y no puede decirse de otro, o por qué, en español, no puede articularse una determinada construcción, que, en cambio, sí puede darse en otra lengua. Como indica Seco (1987: 209), con el DUE, doña María trató de elaborar una herramienta total del léxico, o, como me dijo Carmina Ramón Moliner, con el DUE, su madre *quería ordenar el mundo* (la cursiva es mía), quería ofrecer una ordenación del mundo de las palabras —y, a través de ellas, de las ideas— en español: en efecto, tal y como dice la autora en la «Presentación» (Moliner 1966/1967: IX), el DUE es «un *diccionario orgánico* y de uso del español» (la cursiva es mía).

Por otra parte, según advierte la propia doña María en el lugar citado, solo una pieza lexicográfica española le sirvió realmente de apoyo: el Diccionario académico (el DRAE) (Moliner 1966/1967: XIV), cuyas definiciones desmontó y reconstruyó, una a una, «vertidas a una forma más actual, más concisa, despojada de retoricismo y, en suma, más ágil y más apta, para la función práctica asignada al diccionario, sin dejar por ello de ser rigurosamente precisas» (*loc. cit.*: X)⁸.

Ciertamente, el *Diccionario ideológico* de don Julio Casares es un antecedente que guarda conexiones evidentes con los propósitos de María Moliner. Pero doña María no lo menciona entre sus fuentes de inspiración (Carmina Ramón Moliner sí se refiere a él; cfr. Pardo Lancina 2000: 29). A María Moliner le gustaba recalcar la originalidad de su obra: lo destacó

⁸ Al final de la «Presentación», María Moliner recalca que el DRAE es su fuente bibliográfica esencial (Moliner 1966/1967: XXXIII), y añade que se ha servido del *Breve diccionario etimológico* de Corominas para las notas etimológicas. «[Y para ellas] se ha utilizado esa pequeña joya que es el *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas, con alguna que otra consulta a su predecesor el monumental *Diccionario crítico etimológico* del mismo autor» (*ibid.*).

en las entrevistas que le hicieron al ser propuesta para ocupar un sillón de la Real Academia Española en 1972 y, antes, en los breves y cuidados anuncios que ella misma redactó para difundir su publicación (Pardo Lancina 2000: 28-30).

Debe subrayarse, con todo, que en una entrevista de 1972 (la que le hizo Carmen Castro—Castro 1972—, cfr. *infra*), la Sra. Moliner admite haber intentado hacer algo parecido, para el español, a lo que el *Learner's Dictionary* es para el inglés⁹:

Una vez que mis hijos estuvieron criados, resultó que yo no tenía trabajo por las tardes. Ya no había meriendas que prepararles ni ayudas escolares que prestarles. Por otra parte, siempre me había parecido utilísimo para los aprendedores [sic] de inglés el «Learner's Dictionary». Quise hacer uno español análogo. Pero como tengo la desgracia de que cuando cojo una faena en mis manos se agranda y desborda...

Lo dicho ayuda a explicar, por ejemplo, el protagonismo que se concede, en el DUE, a los usuarios que no tienen como idioma propio el español «y han llegado en el conocimiento de él a ese punto en que el diccionario bilingüe puede y debe ser substituido por un diccionario en el propio idioma que aprenden» (Moliner 1966/1967: IX). O ilumina la importancia que se concede en el DUE a la información sobre la construcción gramatical de las voces definidas (Moliner 1966/1967: XIII); así como el hecho de que el lenguaje usado en las definiciones sea sencillo, preciso y sin retoricismos (*loc. cit.*: X—cfr. *supra*—). La afinidad entre ambos diccionarios avalora, igualmente, el inmenso esfuerzo que se lleva a cabo en el DUE para evitar definiciones circulares (*op. cit.*: X-XIV); asimismo, en fin, la comparación entre uno y otro libros también permite percibir coincidencias claras en la constante inclusión de ejemplos para aclarar los significados y acepciones recogidos en cada entrada (*loc. cit.*: IX). Pero el *Learner's Dictionary* no basta como fuente de inspiración para explicar aspectos fundamentales de la planificación del DUE: por ejemplo, que la estructuración u ordenación alfabética de las entradas léxicas se combine, muy frecuentemente, con la agrupación por familias de las palabras del diccionario (respetando, por supuesto, el orden alfabético en el interior de cada familia), a partir de un término inicial o cabeza, que es el más próximo a la etimología del conjunto de voces agrupadas. Este último aspecto es uno de los más originales del DUE (1.^a edición), pero, al mismo tiempo, también de los más complejos y de los más censurados por los críticos (Martín Zorraquino 1989: 430-431)¹⁰. Tampoco se basa en el diccionario inglés la inclusión de catálogos de palabras afines para ciertas voces, tan peculiar del DUE y que, aun resultando algo engorrosa a veces, es tan útil para acrecentar el léxico y para estimular su estudio y, también, la curiosidad del lector.

⁹ Parece que la Sra. Moliner se refiere al diccionario del que es principal autor A. S. Hornby (London, Oxford University Press, 1948), pero puedo estar equivocada. El dato citado ha sido cuidadosamente recordado por García Márquez (1981) (también yo lo recojo en mis artículos de 1984 y 1989).

¹⁰ Como se sabe, ha sido modificado en la segunda edición de 1998, con grave enfado por parte de Fernando Ramón Moliner, que llevó a los tribunales (por esa y otras modificaciones más) a la Editorial Gredos.

No es fácil encontrar explicaciones a estas últimas características del Moliner, a no ser que nos remitamos al objetivo primordial de D.^a María, ya indicado: crear con el diccionario un órgano, un instrumento total del léxico o un medio de ordenar el mundo.

Si no parece, pues, factible, al menos por ahora, seguir el hilo lexicográfico que nos lleve —o nos ayude— a explicarnos cómo nacieron o fueron naciendo rasgos esenciales del DUE en la cabeza de su autora, sí parece hacedero, y creo que es interesante, iluminar más y mejor los principios que pudieron fundamentar la formación lingüística o filológica de María Moliner.

3. SOBRE LA FORMACIÓN FILOLÓGICA Y LINGÜÍSTICA DE MARÍA MOLINER

Como destacué en Martín Zorraquino (1984 y 1989), en la vida de María Moliner se distinguen, a mi juicio, tres etapas o fases (o «períodos») fundamentales: la de formación (¿1905?-1922); la de desarrollo profesional volcado en el trabajo como archivera y bibliotecaria (especialmente brillante y fecunda durante los años de la República, vividos en Valencia), que se inicia en Simancas en 1922, y, en realidad, termina propiamente cuando ella se jubila (1970), y el período en el que, trasladada ya a Madrid (1946), se dedica a la elaboración y publicación del DUE (esta etapa ocupa centralmente, que sepamos, unos quince años: entre 1950 y 1967, pero también se prolonga hasta que doña María pierde sus facultades mentales, hacia 1974 —año en el que fallece su marido—, pues no deja de recoger palabras o de estudiarlas para una posible nueva edición, hasta ese momento).

Del origen familiar de doña María tenemos bastantes datos, pero insuficientemente matizados. Nacida en Paniza (Zaragoza) el 30 de marzo de 1900, es hija y nieta de médicos rurales —Enrique Moliner Sanz, natural de Illueca (Zaragoza), y Andrés Moliner Moliner, natural de Foz de Calanda (Teruel)—. Parece tener razón Pilar Faus Sevilla (1990: 122) cuando sugiere que se trata, por el tradicional comportamiento de dichos profesionales en el último tercio del XIX, de una familia liberal. Sin embargo, no sabemos nada realmente de las preferencias políticas ni ideológicas de la familia Moliner-Ruiz (la madre era natural de Longares, y sus abuelos maternos también procedían del Campo de Cariñena —Encinacorba y Longares—, donde presumiblemente tendrían tierras)¹¹. Lo que sí podemos constatar, por las partidas de nacimiento y de bautismo que se conservan en Paniza, es que María Moliner (María Juana) tiene, cuando nace, otros dos hermanos, Enrique (nacido en 1897) y Eduardo Federico (nacido en 1898, que moriría antes de cumplir los 4 años). Los tres niños fueron bautizados en la parroquial de Nuestra Señora de los Ángeles de Paniza y, según se indica en la partida de bautismo de Enrique, el matrimonio había tenido antes otros tres hijos, que no sobrevivieron (circunstancia muy común en la época).

¹¹ Debemos anotar, con todo, que el hermano de doña María Moliner, Enrique Moliner Ruiz, topógrafo (Faus Sevilla 1990: 122), tras la guerra civil, fue profesor de Matemáticas en el Colegio de Santo Tomás de Aquino de Zaragoza (dirigido por la familia Labordeta), de ideario claramente liberal, y en cuyo claustro pudieron profesar personas sancionadas tras la guerra civil (como el poeta y profesor Ildefonso-Manuel Gil) (Martín Zorraquino 1989: 424, n. 2).

El Censo de Paniza de 1901 nos ubica la vivienda familiar de los Moliner-Ruiz en la calle Horno Alto, número 4, donde constituyen una unidad integrada por el matrimonio, Enrique Moliner Sanz y Matilde Ruiz Lanaja (de 37 y 36 años, respectivamente), tres hijos —Enrique (de 3 años), Eduardo (de 2 años) y María (de 9 meses)—, y dos sirvientas (ambas analfabetas), una de 19 años, natural de Paniza (Joaquina Sanz Romeo), y otra de 14 años (Ángela Lázaro Planas), natural de un pueblecito de Teruel, provincia en la que tiene el domicilio legal aunque lleva un año de estancia en Paniza¹². Se trata, pues, de una familia acomodada, como corresponde al médico del pueblo. Enrique Moliner, sin embargo, permanece poco tiempo más en él: habiendo solicitado la plaza de médico de Paniza en 1896 (desde Cariñena) (datos obtenidos en el Archivo de Paniza), se traslada a Madrid (previo paso breve por Almazán), antes de 1904, año en el que nace Matilde Moliner Ruiz, la hermana pequeña de María Moliner, que fue catedrática de Instituto y miembro muy activo de las Misiones Pedagógicas de la Segunda República¹³.

Fue Fernando Ramón Moliner (Salaberria 1998b: 11) quien hizo públicas, por primera vez, las dificultades de los Moliner-Ruiz en Madrid, al desligarse de ellos el padre, que los abandonó (1912), tras convertirse en médico de barco, y fundó una nueva familia en la Argentina. Ciertamente, el hecho no había sido revelado antes: en las entrevistas que María Moliner concedió en 1972 omitió toda referencia a esta circunstancia¹⁴; y, cuando yo elaboré mi primer trabajo sobre la Sra. Moliner (Martín Zorraquino 1984), le prometí a Carmina Ramón Moliner no hacer mención de ello; tampoco Pilar Faus Sevilla (1990) lo refiere. El dato oscurece realmente la vida de los Moliner-Ruiz en el Madrid de principios del siglo XX, sobre todo porque Fernando Ramón Moliner niega la vinculación escolar de su madre —no tanto de sus tíos— con la Institución Libre de Enseñanza (ILE) (Salaberria 1998b: 12-13), dato de vital importancia para entender su formación. Sin embargo, la vinculación de María Moliner a la ILE fue reconocida por ella misma en la entrevista que concedió a Carmen Castro, la hija de D. Américo Castro, en 1972 (Castro 1972), y con una serie de detalles que me parecen extraordinariamente minuciosos y que no pueden deberse a pura fantasía:

Muy niña [...] yo estudié en Madrid en la Institución Libre de Enseñanza. Y allí —recuerdo— fui alumna de Américo Castro. Un día hicimos una excursión a Toledo, y él debió de acompañarnos, puesto que él fue quien corrigió nuestros resúmenes de la excursión. En el mío había subrayado una expresión, que, efectivamente, es dudosa —no recuerdo cuál era. ¡Hace tanto tiempo!—. Sí recuerdo, en cambio, que pensé mucho sobre el asunto. Las clases de Américo Castro me atrajeron al campo de la Gramática.

¹² El Censo recoge también que la madre de los Moliner-Ruiz sabe leer y escribir, y que, como es habitual en la época, se dedica a sus labores.

¹³ Para más datos sobre Paniza a principios del siglo XX, particularmente respecto a la situación de los médicos rurales y a la familia Moliner-Ruiz, véase Faus Sevilla (1990: 122, n. 2); Amada Cinto (2000), y Martín Zorraquino (2003).

¹⁴ En realidad, doña María «mata» a su padre, pues le dice a Carmen Castro (Castro 1972) que, al morir su padre (se entiende que hacia 1915) —el padre no moriría realmente hasta 1925—, su madre y sus hermanos regresaron a Zaragoza y a un pueblecito donde tenían una finca (el pueblo es Villarreal de Huerva: cfr. Pardo Lancina 2000, y Amada Cinto 2000).

La vinculación de María Moliner con la ILE no consta en los archivos de esta, pero ello puede explicarse por dos motivos: primero, porque estos sufrieron bastantes avatares tras la guerra civil; segundo, porque sus alumnos debían examinarse, como «libres», en un Instituto. De hecho, María Moliner se inscribe en el Instituto General y Técnico Cardenal Cisneros de Madrid, para los exámenes, como alumna «no oficial», en el curso 1910-1911 (ingreso y primer año completo), y para ciertas materias en los cursos 1912-1913 y 1913-1914 (Amada Cinto 2000: 34). El 29 de julio de 1915 solicita, y se le concede, traslado al Instituto General y Técnico de Zaragoza, donde concluirá el Bachillerato el 28 de octubre de 1918 (tras aprobar la Gimnasia, la última asignatura que superó) (Amada Cinto 2000: 34-36). Si no es posible precisar mejor, por ahora, la vida escolar madrileña de María Moliner, no cabe dudar de su relación con la ILE: los actuales responsables de la Fundación Giner de los Ríos entregaron hace pocos años, a Carmen Ramón Moliner, una carta de los hermanos Moliner-Ruiz, dirigida a sus profesores de la Institución, manifestándoles su profundo pesar por la muerte de D. Francisco Giner de los Ríos (1915). De otro lado, la devoción y el afecto de doña María hacia don Manuel Bartolomé Cossío quedan testimoniados también en carta recuperada por la Fundación citada, y entregada igualmente a Carmen Ramón Moliner; se trata de un texto datado en Simancas: María Moliner la remite al poco de incorporarse a su recién estrenado destino como Facultativa del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, donde permanecerá desde fines de 1922 hasta principios de 1924¹⁵.

La carta a don Manuel B. Cossío revela el profundo cariño, la confianza y el respeto que doña María Moliner siente por él: la encabeza con un «Mi querido señor Cossío», se despide con «Le quiere siempre», y le cuenta que ya está instalada en una nueva casa en Simancas, en una «señora casa», porque «tenemos hasta cuarto de baño» (el plural del verbo quizá incluya a la madre de la Sra. Moliner) (Gómez Uriol 2001). La admiración hacia Cossío y la identificación con su obra se perciben en María Moliner constantemente en la etapa más plena y feliz (creo) de su vida, a poco que se reflexione en el entusiasmo con el que ella colabora, tanto en las Misiones Pedagógicas de la Segunda República —cuyo «inventor» y cuya alma, sin duda alguna, es Cossío—, como en el funcionamiento de la Escuela Cossío de Valencia, cuyo nombre e ideario dejan bien clara la vinculación con aquel y con la ILE, empresa en la que el responsable principal es don José Navarro Alcacer, al que secunda un espléndido conjunto de matrimonios amigos que coinciden en la Valencia de fines de los años veinte y de los años treinta. Por otra parte, como se indica en la programación de dicha Escuela (y recoge cuidadosamente Faus Sevilla 1990: 127), María Moliner utiliza en sus clases de Gramática y de Literatura los apuntes de D. Pedro Blanco, muy reconocido profesor de la Institución (*La Escuela Cossío (1930-1939)* 1984: 52).

¹⁵ María Moliner aprueba las oposiciones convocadas al citado Cuerpo (R. O. de 11 de enero de 1922) y es nombrada oficial de tercer grado del mismo (con el sueldo anual de 4 000 pesetas) por R. O. de 25 de agosto de 1922 (*Gaceta* de 31 de agosto), según consta en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVI (tercera época), núms. 7, 8 y 9, julio-septiembre de 1922, pp. 484-485. En la misma revista, XXVI, núms. 10, 11 y 12 (octubre a diciembre de 1922), pp. 676-677, figura su traslado al Archivo de Simancas. De otro lado, en la misma revista, año XXVIII, núms. 1, 2 y 3 (enero a marzo de 1924), p. 176, se comunica su traslado «del Archivo General de Simancas al Archivo de Hacienda de Murcia».

Es en las enseñanzas de los profesores de la Institución, don Américo Castro y don Pedro Blanco, donde se encuentran, muy probablemente, pues, las bases nucleares de la formación gramatical de doña María Moliner.

Con esta hipótesis, naturalmente, no se pretende justificar ni las ideas gramaticales que la autora vierte en el DUE, ni la concepción programática del mismo. Pero sí quiero subrayar con ello que el «caldo de cultivo» filológico al que pudo sentirse cercana María Moliner no resultaba alejado del Centro de Estudios Históricos. De la primera generación de discípulos de Menéndez Pidal, doña María conocía, como ya hemos visto, a don Américo Castro, y forzosamente debería conocer también a don Tomás Navarro Tomás, puesto que una y otro pertenecían al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

De hecho, es en torno a la preparación del II Congreso de Bibliotecas y Bibliografía (tal y como se refleja en el *Boletín de Bibliotecas y Bibliografía*, que representa, en 1934, una renovación importantísima respecto de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, en el sentido de que dota de un órgano propio a los bibliotecarios —les da su propia voz—; cfr. Peiró y Pasamar 1996: 226 y ss.), donde la figura de María Moliner brilla de modo notable.

En efecto, como Delegada Regional de las Misiones Pedagógicas en Valencia, María Moliner asiste, a fines de mayo de 1934, a la reunión del Comité Internacional de la Federación Internacional de Bibliotecarios en Madrid, reunión preparatoria del Congreso arriba citado —doña María aparece en la fotografía que da fe de la misma, en el notable, selecto, grupo de asistentes al Comité (*Boletín de Bibliotecas y Bibliografía*, I, 2, octubre-diciembre de 1934, p. 135)—. De otro lado, en el Programa del Congreso (*loc. cit.*: 140-147) ella figura como encargada de una ponencia, dentro de la Sección de Bibliotecas Populares, en la subsección de *Bibliotecas regionales* (*loc. cit.*: 142).

Y, efectivamente, en el II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía (celebrado en España, en Madrid principalmente, pero también en otras ciudades, al año siguiente, en mayo de 1935), María Moliner presenta su ponencia sobre «Bibliotecas rurales y redes de bibliotecas en España», que se incluye en las *Actas* (la comenta extensamente Pilar Faus Sevilla 1990: 66-71; cfr. igualmente Orera Orera 2003: 259-260) y de la que se da noticia en el *Boletín de Bibliotecas y Bibliografía* (II, 1 y 2, enero-junio de 1935, 12). (En los «Acuerdos del Congreso», dentro del apartado correspondiente —*loc. cit.*: 29-30— se recogen, en buena medida, las conclusiones aportadas por doña María). Es en este ámbito del interés y del relieve que cobran la misión del bibliotecario y la necesidad de las bibliotecas populares (la lectura pública) para la regeneración cultural (complementando la educación o instrucción en todos sus niveles), dentro de la política de la Segunda República, donde María Moliner coincide con muchos nombres de filólogos y de bibliógrafos españoles (relacionados con el Centro de Estudios Históricos), a través de la Asociación de Bibliotecarios y Bibliógrafos de España, en cuya lista de miembros fundadores (*Boletín de Bibliotecas y Bibliografía*, I, 1, julio-septiembre de 1934, 122-128) la encontramos (p. 125) junto a, por ejemplo, Emilio Alarcos [García], Dámaso Alonso, Narciso Alonso Cortés, Américo Castro, Samuel Gili Gaya, Ramón Menéndez Pidal, José F. Montesinos, Antonio R. Rodríguez Moñino, Tomás

Navarro Tomás, Salvador Fernández Ramírez, Pedro Salinas y Homero Serís. La simpatía y el deseo de colaboración que la Asociación despertó entre los intelectuales españoles se deduce de la presencia de algunos otros nombres que no me resisto a incluir: Rafael Altamira, Odón de Buen, José Castillejo Duarte, Vicente Gaos, Antonio García Bellido, Carlos Jiménez Díaz, Juan Negrín, José Ortega y Gasset, Julio Palacios, Julio Rey Pastor, Fernando de los Ríos, Pedro Sainz Rodríguez o Jean Sarrailh.

Evidentemente, la coincidencia de ideas y de afanes espirituales con muchos de los filólogos más conocidos de su tiempo no justifican que María Moliner hubiera adquirido una formación filológica, ni siquiera que hubiera frecuentado a los filólogos en el Centro de Estudios Históricos (algo muy improbable, dado que residía en Valencia y que, además, tenía que ocuparse de su familia —su marido y los cuatro hijos— y de su trabajo profesional). Pero sí es cierto que conocía bien a los representantes más conspicuos de la Escuela Española de Filología. No le era, pues, ajeno el ambiente más exquisitamente depurado de las Letras españolas.

La confección de un diccionario, por otra parte, que implica una técnica, en buena medida, de catalogación, estaba muy cerca de sus propios intereses, como archivera y como bibliotecaria, es decir, de su práctica habitual de muchos años. Si la gramática le había apasionado desde niña, y, de otro lado, había experimentado a fondo las dificultades de aprender otras lenguas (conocía el latín, el alemán, el inglés y el francés, según testimonio de su hijo —Salaberria 1998b—), no es de extrañar que quisiera elaborar un diccionario que le ofreciera una guía de uso al hablante nativo y, especialmente, a quien no tiene el español como lengua materna.

Para los especialistas más exigentes, doña María no utilizó, obviamente, un método sancionado por la lexicografía consagrada en nuestro país. ¡Pero cómo iba a hacerlo si el producto más oficial (el académico) presentaba, a su juicio, numerosos defectos! Aplicó su extraordinaria inteligencia y su excepcional buen sentido a elaborar un diccionario que resultara útil, que permitiera aprender a usar adecuadamente el idioma, e incluso a retenerlo (ella tenía una pésima memoria, al parecer) acudiendo a la etimología de las palabras para agrupar en familias los vocablos pertenecientes a una raíz latina común, aplicando en ello, por cierto, una técnica o estrategia que me resulta bastante parecida a la que seguía don Domingo Miral (el insigne maestro cesaraugustano, catedrático de Filología Griega y de Teoría de la Literatura y de las Artes) para enseñar el alemán: a base de asociar palabras a partir de raíces comunes¹⁶. No he podido encontrar pruebas de que la Sra. Moliner fuera alumna de idiomas modernos en la Universidad de Zaragoza. Tampoco he podido comprobar si lo fue su hermana Matilde. Las preferencias espirituales de doña María no me parecen muy afines a las de don Domingo (en todo caso, en la asignatura que él impartía —no me consta, con todo, que él fuera su profesor— ella obtuvo uno de los dos notables que recibió en toda su

¹⁶ Véase la obra mencionada, en la edición elaborada por discípulos de Miral: Domingo Miral y Manuel Manzanares, *Alemán fundamental. Raíces e introducción gramatical*, Madrid, Dirección General de Enseñanza Media, 1965.

licenciatura en la Universidad de Zaragoza —cuajada de sobresalientes y matrículas de honor, y que culminó con Premio Extraordinario: cfr. Martín Zorraquino 1989: 425 y n. 6—), pero eso no significa necesariamente que ella no recibiera enseñanzas de idiomas modernos en Zaragoza. De poderse probar, sin embargo, que el método miraliano de enseñanza del alemán pudo influir en la técnica de catalogación por familias de palabras etimológicamente relacionadas que se practica en el DUE, la formación recibida en la Universidad de Zaragoza hubiera marcado a María Moliner más de lo creído y considerado hasta ahora. (Con todo, ella solo recuerda explícitamente, que yo sepa —Castro 1972—, a sus maestros zaragozanos don Manuel Serrano Sanz, y don Andrés Giménez Soler —ambos, historiadores—).

Sea lo que fuere, quisiera terminar estas líneas de reconocimiento a la labor filológica de doña María Moliner recordando que, en el DUE, ella demuestra poseer un buen conocimiento de la Fonética articulatoria elaborada por don Tomás Navarro Tomás o por don Samuel Gili Gaya (a través de entradas como *I a*, *I e*, *I i*, *I o*, *I u* —referidas a las vocales—, *acento* —adopta el punto de vista de ambos, pues considera el acento español un acento de intensidad— y, sobre todo, *pronunciación*). También demuestra la Sra. Moliner que conoce la noción de *aspecto* verbal (según la gramática moderna, como ella dice), pues se refiere al *aspecto* del verbo adecuadamente —y hace, además, reflexiones críticas oportunas sobre la aplicación de dicha noción al español: cfr. *verbo*, en DUE: 1466 y 1470—. Algo parecido puede decirse para los términos y nociones de *futuro hipotético* y *antefuturo hipotético* para designar el potencial (*cantaría*, *habría cantado*), que comenta agudamente (s. v. *verbo*, DUE: 1464)¹⁷.

No cabe duda, en fin, de que, al confeccionar su diccionario, doña María trató de servir a la divisa que fundamentaba su formación: el ideal de excelencia en el trabajo personal. Como dice, al terminar, la «Presentación» del mismo:

Por fin, he aquí una confesión: la autora siente la necesidad de declarar que ha trabajado honradamente; que, conscientemente, no ha descuidado nada; que, incluso en detalles nimios en los cuales, sin menoscabo aparente, se podía haber cortado por lo sano, ha dedicado a resolver la dificultad que presentaban un esfuerzo y un tiempo desproporcionados con su interés, por obediencia al imperativo irresistible de la escrupulosidad; y que, en fin, esta obra, a la que, por su ambición, dadas su novedad y su complejidad, le está negada como a la que más la perfección, se aproxima a ella tanto como las fuerzas de su autora lo han permitido (DUE: XXX).

Conmueven especialmente esas palabras finales de María Moliner si se medita que ella fue capaz de escribirlas para dar cima a una obra a la que había consagrado quince años y que constituía la aventura intelectual en la que se había volcado después de ver desplomarse las ilusiones puestas en la regeneración cultural de los españoles, con la política bibliotecaria de la República, a través de la lectura —esas ventanas maravillosas para descubrir el mundo

¹⁷ No sabemos, con todo, el alcance de la revisión de M.^a Josefa Canellada, previa a la publicación del DUE, y de Amalia Sarriá (que no era filóloga), que Moliner agradece en la «Presentación» de su obra (DUE: XXXI). En todo caso, doña María habla de «observaciones de interés» para valorar dicha aportación (*ibid.*).

que son los libros (como indica en el «Prólogo» de sus *Instrucciones* ya citadas)— y, sobre todo, tras pasar el horrendo túnel de su propia postergación y de la depuración de su marido (recordemos que ambas fueron ya iniciadas en 1939; y que, para ella, la sanción fue publicada en el *BOE* el 22 de enero de 1940: justo cuarenta y un años antes de su muerte). María Moliner fue, ciertamente, una persona ejemplar¹⁸.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aliaga Jiménez, José Luis. 2000. «En defensa de algunas características del DUE» [En línea: <http://cvc.cervantes.es/lengua/mmoliner/default.htm>].
- Amada Cinto, Mariano. 2000. «El bachillerato de María Juana Moliner», *Trébede*, 36 (marzo de 2000): 32-36.
- Casado Velarde, Manuel. 1994. «La información textual en el *DUE* de María Moliner», *Voz y Letra. Revista de Filología*, 5 (1): 129-137.
- . 1998. «Lingüística del texto y marcadores del discurso», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y Estrella Montolío Durán, *Los marcadores del discurso. Teoría y análisis*, Madrid, Arco/Libros: 55-70.
- Casas Gómez, Miguel e Inmaculada Penadés Martínez (eds.). 1998. *Estudios sobre el Diccionario de Uso del Español de María Moliner*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- Castro, Carmen. 1972. «El español que se habla, más extenso que el que codifica la Academia» [entrevista a María Moliner], *Ya*, 6 de febrero de 1972.
- Cortés Alonso, Vicenta. 2000. «La Escuela Cossío de Valencia», *Trébede*, 36 (marzo de 2000): 39-41.
- . 2003. «María Moliner», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y José Luis Aliaga Jiménez (eds.), *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI. Balance y perspectivas. (Actas del Encuentro de lexicógrafos celebrado en Zaragoza, los días 4 y 5 de noviembre de 2002, con motivo de la clausura del Centenario de María Moliner)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón/Institución «Fernando el Católico»: 269-274.
- Escolar Sobrino, Hipólito. 1999. *Gente del libro. Autores, editores y bibliotecarios. 1939-1999*, Madrid, Gredos.
- Faus Sevilla, Pilar. 1990. *La lectura pública en España y el plan de bibliotecas de María Moliner*, Madrid, ANABAD.

¹⁸ En Seco (2003a: 15) se reconoce que «cuando, en 1981, murió María Moliner, desaparecía la última representante de una tradición de lexicógrafos singulares que había durado casi quinientos años [...]. Pero hoy la lexicografía colectiva ha quedado por dueña del campo».

- Faus Sevilla, Pilar. 2000. «Bibliotecas para una República», *Trébede*, 36 (marzo de 2000): 43-49.
- García Ejarque, Luis. 1981. «María Moliner, gestora de una política bibliotecaria», *Boletín de la ANABAD*, 31 (1): 37-42.
- García Márquez, Gabriel. 1981. «La mujer que escribió un diccionario», *El País*, Madrid, 10 de febrero de 1981.
- Gómez Uriol, Alberto. 2001. *María Moliner: de la vida a la palabra*. [Vídeo no venal patrocinado por el Gobierno de Aragón con ocasión del Centenario del nacimiento de María Moliner (30.03.2000) (*Cien años de pasión por las palabras*), Zaragoza, Gobierno de Aragón.]
- Kent, Victoria. 1981. «María Moliner: una obra cumbre», *El País*, Madrid, 5 de marzo de 1981.
- Escuela Cossío de Valencia (1930-1939). 1984. *La Escuela Cossío de Valencia. Historia de una ilusión (1930-1939)*, València, Generalitat de València.
- Lluch, M.^a Ascensión y Carolina Sevilla. 1982. «Biblioteca Universitaria y Provincial 1936-1939. Documentación», en *Estudios dedicados a Juan Peset Aleixandre*, vol. 2, València, Universitat de València: 599-615.
- Martín Zorraquino, M.^a Antonia. 1984. «María Moliner: la pasión por la palabra y la fe en la cultura. Semblanza a propósito de dos homenajes», *Andalán*, 411-412: 49-53.
- . 1989. «Una lexicógrafa aragonesa: D.^a María Moliner», en Günter Holtus *et al.* (eds.), *La Corona de Aragón y las lenguas románicas. Miscelánea de homenaje para Germán Colón*, Tubinga, Günter Narr: 423-434.
- . 2000a. «Claves para el Centenario», *Trébede*, 36 (marzo de 2000): 16-22.
- . 2000b. *Biografía y bibliografía de María Moliner* [En línea: <http://cvc.cervantes.es/lengua/mmoliner/default.htm>].
- . 2000c. «María Moliner: un genio positivo y modesto», *El Cultural [El Mundo]*, 26 de marzo de 2000.
- . 2003. «Presentación del Centenario de María Moliner», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y José Luis Aliaga Jiménez (eds.), *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI. Balance y perspectivas. (Actas del Encuentro de lexicógrafos celebrado en Zaragoza, los días 4 y 5 de noviembre de 2002, con motivo de la clausura del Centenario de María Moliner)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón/Institución «Fernando el Católico»: 253-256.
- Moliner, María. 1966/1967. *Diccionario de Uso del Español*, 2. vols., Madrid, Gredos.
- . 1972. «Carta de María Moliner a su hijo Fernando Ramón Moliner», *Educación y Biblioteca. Revista Mensual de Documentación y Recursos Didácticos*, 10 (86): 19.

- Orera Orera, Luisa. 2003. «María Moliner y la Política Bibliotecaria de la Segunda República», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y José Luis Aliaga Jiménez (eds.), *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI. Balance y perspectivas. (Actas del Encuentro de lexicógrafos celebrado en Zaragoza, los días 4 y 5 de noviembre de 2002, con motivo de la clausura del Centenario de María Moliner)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón/Institución «Fernando el Católico»: 257-267.
- Pardo Lancina, Víctor. 2000. «Memoria de María Moliner. El sillón vacío de la Academia», *Trébede*, 36 (marzo de 2000): 23-31.
- Peiró Martín, Ignacio y Gonzalo Pasamar Alzuria. 1996. *La Escuela Superior de Diplomática. (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD-La Muralla.
- Pena Seijas, Jesús. 1975. Reseña a María Moliner, *Diccionario de Uso del Español*, Madrid, Gredos, 1966-67, *Verba. Anuario de Filología*, 2: 339-344.
- Penadés Martínez, Inmaculada. 1994. «El análisis de algunos verbos atributivos en el *Diccionario de Uso del Español* de María Moliner», en Annett Endruschat et al. (eds.), *Verbo e estruturas fráscas. Actas do IV Colóquio Internacional de Linguística Hispânica, Leipzig, 22-25 de Novembro de 1993. Revista da Faculdade de Letras, Línguas e Literaturas, Anexo IV*, Oporto, Faculdade de Letras do Porto: 183-193.
- . 2000. «Lo peculiar del 'María Moliner'», *Trébede*, 36 (marzo de 2000): 51-54.
- Porto Dapena, José-Álvaro. 2000. «*Diccionario de Uso del Español*. Introducción. Características. Manejo». [En línea: <http://cvc.cervantes.es/lengua/mmoliner/default.htm>].
- . 2003. «El *Diccionario* de María Moliner», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y José Luis Aliaga Jiménez (eds.), *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI. Balance y perspectivas. (Actas del Encuentro de lexicógrafos celebrado en Zaragoza, los días 4 y 5 de noviembre de 2002, con motivo de la clausura del Centenario de María Moliner)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón/Institución «Fernando el Católico»: 167-192.
- Salaberria, Ramón. 1998a. «María Moliner y la memoria arrancada», *Educación y Biblioteca. Revista Mensual de Documentación y Recursos Didácticos*, 10 (86): 8-9.
- . 1998b. «Conversación con Fernando Ramón Moliner, hijo de María Moliner», *Educación y Biblioteca. Revista Mensual de Documentación y Recursos Didácticos*, 10 (86): 11-17.
- Seco, Manuel. 1981. «María Moliner: una obra, no un nombre», *El País*, 29 de mayo de 1981.
- . 1987. «Apéndice A: María Moliner», en Manuel Seco, *Estudios de lexicografía española*, Madrid, Paraninfo: 207-211.
- . 2003a. «Una introducción para este encuentro de lexicógrafos», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y José Luis Aliaga Jiménez (eds.), *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI*.

Balance y perspectivas. (Actas del Encuentro de lexicógrafos celebrado en Zaragoza, los días 4 y 5 de noviembre de 2002, con motivo de la clausura del Centenario de María Moliner), Zaragoza, Gobierno de Aragón/Institución «Fernando el Católico»: 15-17.

Seco, Manuel. 2003b. «María Moliner o el diccionario», en M.^a Antonia Martín Zorraquino y José Luis Aliaga Jiménez (eds.), *La lexicografía hispánica ante el siglo XXI. Balance y perspectivas. (Actas del Encuentro de lexicógrafos celebrado en Zaragoza, los días 4 y 5 de noviembre de 2002, con motivo de la clausura del Centenario de María Moliner)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón/Institución «Fernando el Católico»: 275-277.

Trébede. 2000. *Trébede. Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura*, 36 (marzo de 2000) [dedicado a María Moliner, con el título: *María Moliner en su centenario*].